

• Para comprender la constancia de la penitencia, hay que deshacerse de la concepción superficial que la identifica con mera culpabilidad por cierta actitud dañina, o con un dolor o temor ante heridas que nos podemos haber provocado a nosotros mismos o al prójimo. Si bien estos sentimientos son elementos necesarios, no son en sí la penitencia total, ni siquiera su dimensión más esencial. La penitencia no necesariamente es una crisis emocional, sino es la centralización de nuestra vida con base en un eje nuevo: la Santa Trinidad.

• San Teófilo el Recluso dice: «Mientras la habitación esté inmersa en la oscuridad, jamás advertiremos su inmundicia; pero en cuanto sea iluminada con una luz vigorosa, podremos ver hasta el grano de polvo más minúsculo. Lo mismo pasa en la habitación de nuestra vida, pues el orden de las cosas no consiste en arrepentirse para luego comprender a Cristo sino, más bien, la luz de Cristo que penetra en nuestra vida nos hace percibir de un modo verdadero nuestro pecado personal.» Da testimonio de este orden espiritual la visión del profeta Isaías: primero observa al Señor sentado en el Trono y escucha a los Serafines decir: «¡Santo, Santo, Santo!», luego se lamenta diciendo: «¡Hay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros!» (Is 6: 1-5) El inicio de la penitencia es observar la belleza y gloria de Dios, no la fealdad y miseria mía. San Pablo dice: «La tristeza que es según Dios produce un irreversible arrepentimiento para la Salvación» (2Cor 7: 10). Entonces, no se trata de una tristeza melancólica

que mira hacia nuestros defectos sino arriba, hacia el amor de Dios; no atrás con remordimiento y culpabilidad sino adelante con confianza y gratitud; no observamos lo que no hemos podido cumplir, más bien, lo que podremos realizar por la Gracia de Cristo.

La vida cristiana no consiste en acatar ciertos mandamientos, porque la ley antigua se transformó en ley espiritual escrita sobre las tablas de nuestro corazón. Obedecemos, pues, a Dios no por temor ni buscando recompensas, sino porque lo amamos. Nos arrepentimos no porque hemos trasgredido cierta ley sino porque buscamos constantemente a Dios. Pecamos no al desobedecer algún mandamiento sino al empobrecernos en amor y al vivir lejos de su Gracia. El padre confesor ayuda al creyente para descubrir lo negativo que ha hecho, pero además lo positivo que ha dejado de practicar. Este paso primero, que es el más difícil, consiste en que el hombre reconozca interiormente su pecado.

«El que reconoce su pecado es más importante que el que resucita a un muerto.» San Isaac el Sirio.

IGLESIA CATÓLICA APOSTÓLICA ORTODOXA
PATRIARCADO DE ANTIOQUÍA
ARQUIDIÓCESIS DE CHILE
PARROQUIA DE LA
SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA
Av. Pedro de Valdivia 92 - F: 2317284
Email: iglesia@iglesiaortodoxa.cl
Web: www.iglesiaortodoxa.cl
Folleto: 306

El Sacramento del Arrepentimiento



El sacramento del arrepentimiento es nuestro acto formal de reconciliación con Dios en la Iglesia, cuando el pecado nos ha separado de la vida de la Iglesia. El sacramento también llamado penitencia, que viene del vocablo griego *metania*, está compuesto por dos palabras cuyo significado es: «cambio» y otra que indica «el ojo espiritual del alma», por lo que la penitencia es el cambio de mentalidad, actitud y curso de vida. Es un cambio existencial realizado no por fuerzas humanas, sino por el poder divino. Esta penitencia verdadera es un retorno del ser humano hacia su estado natural.

- Cuando el hombre vuelve a su propia naturaleza, la comunión con Dios se hace posible y se efectúa la reconciliación. La penitencia es el camino que tenemos para volver a la comunión con Dios cuando esta ha sido rota por el pecado. Por lo tanto, frecuentemente se refiere a este misterio cristiano como la renovación del Bautismo, o bien, el restablecimiento de la condición de vida con Dios que fue otorgada a los seres humanos en los sacramentos de iniciación a la vida cristiana.

- No todo pecado requiere penitencia formal mediante el rito sacramental. Si bien es cierto que nosotros jamás podemos estar completamente libres de pecado, ciertos pecados graves o la prolongada separación de la Santa Comunión, sin embargo, requieren la participación en el sacramento del arrepentimiento. Además, se espera que los cristianos que viven en comunión con Cristo participen de este misterio periódicamente con el fin de hacerse humildes conscientemente delante de Dios, y recibir guía espiritual de su pastor en la Iglesia. Es la enseñanza de la Iglesia Ortodoxa, que la penitencia sacramental es necesaria para aquellos que van a recibir la Santa Comunión cuando han cometido algún pecado grave, o cuando se han ausentado de la cena eucarística por largo tiempo.

- El misterio de la penitencia existe en la Iglesia para permitir el arrepentimiento y la reconversión a Dios de aquellos cristianos que, de alguna manera, se han alejado una vida de fidelidad a Dios. El acto formal de la penitencia consta de tres elementos. El primero es una sincera



tristeza por haber pecado y por haber roto nuestra comunión con Dios. El segundo es una abierta confesión, desde el fondo del corazón, de los pecados que hemos cometido. En tiempos antiguos se hacía esta confesión públicamente delante de todas las personas en la Iglesia. Hoy en día usualmente se hace en la presencia del pastor de la Iglesia (el obispo o el sacerdote) quien representa el conjunto de la comunidad de los cristianos. El tercer elemento fundamental es la oración de absolución por la cual se otorga sacramentalmente el perdón de Dios por Cristo, al pecador arrepentido.

- El cumplimiento a plenitud del sacramento consiste en la recepción de la Santa Comunión, y la genuina reconciliación del penitente con Dios y con todos los seres humanos, según los mandamientos de Cristo. De allí que necesariamente se entiende que el

penitente ha de hacer un real esfuerzo de no volver a caer en pecado, y permanecer en fiel obediencia a Dios y en rectitud de vida delante de El y su prójimo.

- El misterio del arrepentimiento, como todos los sacramentos, es una parte de la vida cristiana que presupone una firme creencia y convicción que el mismo Cristo está presente en la Iglesia mediante su Espíritu Santo. Alguien que no tenga la experiencia de Cristo en la Iglesia no entenderá el significado de la penitencia sacramental y la necesidad de una abierta y sincera confesión de los pecados. Cuando se experimenta la Iglesia como vida nueva en Cristo y como la comunión genuina con Dios en su Reino ya presente con los seres humanos en sacramento y misterio, entonces no sólo se entenderán la penitencia sacramental y confesión de los pecados, sino será muy querido y deseado como el gran misterio de Dios que es: la extraordinaria posibilidad de reencontrar la unión con Dios mediante el perdón de Cristo quien ha venido para salvar a los pecadores que confiesan sus pecados y que sinceramente desean cambiar sus vidas según el camino que El mismo les ha dado.

- En resumen, la Iglesia Ortodoxa adhiere estrictamente a la enseñanza bíblica, que únicamente Dios puede perdonar pecados, y que esto lo hace mediante Cristo en la Iglesia; que las condiciones para hacerlo son el arrepentimiento genuino y el firme propósito de cambiar. Se da testimonio de todo esto por la confesión, que es el abierto reconocimiento del pecado, delante de Dios y delante de la toda humanidad.